

BELÉN BARROSO

*Confesiones de
una heredera
con demasiado
tiempo libre.*



BELÉN BARROSO

*Confesiones de
una heredera
con demasiado
tiempo libre.*




ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

Título original: *Confesiones de una heredera con demasiado tiempo libre*

© Belén Barroso Guerrero, 2015

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez

Imagen de cubierta: Gianluca Foli

Diseño de interiores: María Jesús Gutiérrez

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B 2868-2015

ISBN: 978-84-670-4341-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Capítulo 1



Langüidecer es muy de señoritas



Querida Edwina,

Los últimos días del invierno languidecen aquí, en Paisley Manors, tal y como languidezco yo.

No tengo mucha idea de lo que significa «languidecer», pero espero que sea «estar aburrido hasta el límite», porque es exactamente lo que me pasa a mí.

Así que cuento los días para que comience la temporada social de Langfalls Upon Avon y pueda acudir a bailes y, por

fin, cazar marido. Mi madre dice que no debo emplear esas expresiones, pero a ti te lo puedo confesar, estimadísima amiga.

Mi situación es desesperada ya que este año cumpliré los diecinueve y todavía no he recibido ninguna oferta de matrimonio digna de mención. Encontrándome como me encuentro —además de en este saloncito tan cuco— a punto de ser oficialmente una solterona, me pregunto si no acabaré las dos décadas de vida que, siendo optimistas, me quedan en un convento, en vez de morir en mi tercer parto múltiple, antes de cumplir los veinticinco, tal y como soñamos todas las jovencitas.

Sería un drama que no me casara precisamente yo, que, como sabes, deseaba fervientemente tener muchos hijos para luego dárselos a la nodriza y que de la nodriza pasasen a la niñera, de la niñera a la institutriz, de la institutriz al internado, del colegio a la universidad y de ahí a donde les diera la gana, porque ni creo que entonces yo estuviese viva ni, aunque lo estuviera, me importasen lo más mínimo esas criaturas a las que no habría visto en la vida.

Eso me recuerda que la semana pasada mi hermano pequeño Vincent volvió del internado junto a un amigo para pasar las vacaciones.

Esto nos llena de sentimientos ambiguos al recordar aquellas otras vacaciones en que mi hermanito vino a casa acompañado también de un colega de estudios.

Fue muy emotivo: mi madre le abrazó emocionada y le colmó de atenciones, mi padre le consideró mayor para confiarle la combinación de la caja fuerte. En fin, que tardamos

dos días en darnos cuenta de que estábamos abriendo nuestro corazón a un tal Thomas, el amigo que había venido con él.

Algo muy normal, teniendo en cuenta que mi hermano lleva en internados diversos desde los siete años y que, la verdad, estos escolares son exactamente iguales unos a otros con esos uniformes. El compañero tampoco se percató porque no visitaba a su familia desde las Navidades de hacía tres años, aunque no tenía muy claro si realmente las pasó en su casa o en la de algún otro compañero de estudios.

Este año, teniendo fresca en nuestra memoria aquella embarazosa situación —aunque no así la cara de mi hermano menor—, desde que han llegado los escolares hemos estado evitando decir ningún nombre, esperando a que alguno de los dos llamase al otro, y el que no se llamaba Vincent, pues no era. Pero hemos descubierto con horror que los dos se llaman igual y, en consecuencia, no sabemos qué hacer.

Así que, por precaución, los tratamos exactamente igual, y mi padre ya les ha dado una paliza a ambos, sin motivo ni justificación de ninguna clase. Después de lo cual, tanto uno como otro han declarado sentirse como en casa. Sea la que sea.

Recibe un cordial saludo de tu siempre afectísima amiga,



P. D.: ¿Te ha gustado la despedida? Recuerdo que en el internado nos dijeron que lo de «afectísima», signifique lo que signifique, siempre queda bien incluirlo en una carta, así que no pienso olvidarlo ni una sola vez.

Capítulo 2



*Dicen que pasear
es muy sano*



Querida Edwina,

Me permito interrumpir tus habituales distracciones —como torturar a la nueva tercera doncella— y te pido disculpas de antemano, justificándome porque, en primer lugar, en esta casa no se contrata servicio nuevo al que torturar desde que la reina Isabel aún se preparaba el ajuar y, en segundo, porque ha sucedido por fin algo reseñable que contarte en medio de esta paz campestre.

¿Te he dicho alguna vez que de pequeña creía que cuando alguien decía la frase «descanse en paz» se refería a pasar algún tiempo en este condado?

Ahora estoy segura.

En cierta manera la que ha iniciado todo esto esta mañana ha sido mi madre, quien después de verme suspirar me ha preguntado:

—¿Qué te ocurre, hija?

Y es que mi madre me tiene dicho que a las señoritas como yo nunca nos pasan cosas, nos acontecen o, como mucho, nos ocurren.

—Que me aburro.

Me ha mirado sorprendida y algo preocupada.

—¡Como corresponde a una persona de tu clase y condición! Es más, puedes presumir de que tu familia lleva aburriéndose de forma contumaz durante por lo menos cinco generaciones.

Más suspiros.

—Bueno, hija, ¿y por qué no bordas un rato?

—Madre querida, ¿cuando tenía mi edad las jóvenes bordaban para divertirse?

—Más que cuando sus madres las castigaban por insolentes.

Quizá hubiera sido un buen momento para callarme. Pero el aburrimiento ha pesado más que la prudencia y he seguido, y seguido (y seguido) suspirando hasta que las cortinas del sa-

loncito han empezado a moverse de forma ostensible y mi madre me ha propuesto un paseo, o que me volviera al internado, o que me hiciera católica para que yo pudiera irme a un convento y que mis padres pudiesen considerarme muerta.

—Y si echamos de menos a un hijo, te recuerdo que nos sobra un muchacho que no sabemos qué hacer con él; nos quedamos con los dos y así nos quitamos de dudas —ha añadido por último.

Así pues, he decidido salir a dar una vuelta; no por hacerle caso, sino porque ya había cumplido con mi sagrado deber de jovencita de desquiciar a algún adulto por lo menos una vez al día.

En realidad, en estos últimos días no paro de dar paseos. El miércoles, hasta que no vi un cartel que ponía «Está usted entrando en Escocia» y un lago con un extraño animal de largo cuello que emergía de sus aguas, no me decidí a volver a casa.

Esto me recuerda que aún no te he contado lo que ha ocurrido de reseñable. No, no es lo del extraño espécimen acuático, porque ¿quién presta atención a una bestia antediluviana habiendo un futuro marido a la vista?

En definitiva, que esta mañana me he dirigido a las vastas propiedades de nuestro vecino más ostentosamente rico: lord Arlington, por donde casualmente paso a diario y donde casualmente no puedo evitar quedarme mirando con atención, durante por lo menos cuarenta y cinco minutos, las ventanas de su impresionante mansión, Arlington Road, para casualmente

averiguar si ya ha vuelto de Londres, o si ha cambiado los visillos, o si el mayordomo se sigue bebiendo su brandy a escondidas, o cualquier otra información de vital importancia.

¡Es increíble la de casualidades que le ocurren a una jovencita con demasiado tiempo libre que vive en el condado más aburrido de todo el reino de su gloriosa majestad!

Casualmente hoy he podido observar que al fin ha regresado de la ciudad. Y también casualmente he pasado por cualquier zona del camino visible desde la mansión con la esperanza de ser invitada a tomar el té. He paseado una y otra vez, a pesar de que el zapato izquierdo me apretaba ligeramente, hasta que he empezado a notar que arrastraba la pierna izquierda. No sé, ¿tú crees que me he excedido?

Al fin he decidido volver a Paisley Manors mientras mantuviera el control parcial de mis extremidades inferiores. Y en cuanto había emprendido el camino a casa, no sin cierta dificultad, cuál no ha sido mi alegría al cruzarme con el joven lord Arlington. Oh, Edwina, ahí se encontraba el soltero más deseable de la región. ¡Y completamente solo y a mi disposición!

Bueno, tan solo le acompañaba un joven desaseado, sin duda un nuevo mozo de cuadras, ya que llevaba de las riendas el corcel de su dueño.

Nota: es posible que esta carta no pueda salir en el correo de la tarde porque llevo un buen rato buscando a alguien en esta casa que me diga alguna palabra refinada que signifique «caballo».

En cuanto le he visto, me he colocado los bucles con discreción, pellizcado mis mejillas y preguntado si mi sombrerito

sería lo suficientemente ridículo y, disimulando la incipiente cojera, me he hecho la sorprendida por encontrarle a quince metros de la puerta de su casa.

Él, al verme, ha descabalgado con el donaire que le caracteriza y se ha dirigido a mí, dejando atrás a su montura en manos del mozo. ¿Acaso no es el joven más gentil de Inglaterra? ¿He dicho ya que es guapísimo? Espera, ahora que lo pienso no sé muy bien si se parece a un tubérculo, pero ¿he dicho ya que es rico? ¿Y soltero?

Pongo aquí un punto y aparte para darte tiempo a que puedas sentir envidia de mí. Ya, ya sé que no eres envidiosa, pero podrías hacer una excepción por mí. Venga, Edwina, mujer, aunque solo sea un poquito. ¿Ya? Bueno, pues entonces,

Recibe un cordial saludo de tu siempre afectísima amiga,

